

# Índice

---

Presentación, por Marta Salís .....	9
Antonio de Pigafetta: <i>De Malua a Ocoloro</i> (fragmento de <i>Relación del primer viaje alrededor del mundo</i> ) (1536) .....	13
Hernando Colón: <i>Diario de Colón: 25 de diciembre de 1492, día de Navidad</i> (fragmento de <i>Historia del Almirante</i> ) (1571) .....	19
Alexandre O. Exquemelin: <i>Tomó Morgan la ciudad de Maracaibo</i> (fragmento de <i>Piratas de América</i> ) (1678) .....	25
Daniel Defoe: <i>Entre Dover y Calais</i> (fragmento de <i>Roxana</i> ) (1724) .....	49
Olaudah Equiano: <i>La tragedia de la esclavitud</i> (fragmento de <i>La interesante narración de la vida de Olaudah Equiano, o Gustavus Vassa, el africano</i> ) (1789) .....	57
Washington Irving: <i>La travesía</i> (1819) .....	65
James Fenimore Cooper: <i>El naufragio del Ariel</i> (fragmento de <i>El piloto</i> ) (1823) .....	73
Wilhelm Hauff: <i>La historia del barco fantasma</i> (1826) .....	85
Hugh Crow: <i>Recuerdos de un capitán negrero</i> (fragmento de <i>Recuerdos del capitán Hugh Crow de Liverpool</i> ) (1830) .....	97
Daniel Tyerman y George Bennet: <i>La historia del capitán Pollard</i> (fragmento del <i>Diario</i> ) (1831) .....	111
Nathaniel Hawthorne: <i>Huellas a la orilla del mar</i> (1838) .....	117
Richard Henry Dana, hijo: <i>Doblar el cabo de Hornos</i> (1840) (fragmento de <i>Dos años al pie del mástil</i> ) (1840) .....	129
Edgar Allan Poe: <i>Un descenso al Maelström</i> (1841) .....	143
Charles Dickens: <i>Tempestad</i> (fragmento de <i>David Copperfield</i> ) (1850) .....	161
Anthony Trollope: <i>El viaje a Panamá</i> (1861) .....	177
Henry James: <i>Un error trágico</i> (1864) .....	201
Benito Pérez Galdós: <i>La muerte de Churruca</i> (fragmento de <i>Trafalgar</i> ) (1873) .....	227
Jules Verne: <i>Los amotinados de la Bounty</i> (1879) .....	239

Robert Louis Stevenson: <i>Las brumas del mar</i> (fragmento de <i>Los colonos de Silverado</i> ) (1883)	261
Iván S. Turguénev: <i>Un incendio en el mar</i> (1883)	269
Guy de Maupassant: <i>En la mar</i> (1883)	279
Lev N. Tolstói: <i>Los tres eremitas</i> (1886)	287
Herman Melville: <i>John Marr</i> (1888)	297
Antón P. Chéjov: <i>Gúsiev</i> (1890)	305
Rudyard Kipling: <i>Un hecho real</i> (1892)	321
Bram Stoker: <i>La empalizada roja</i> (1894)	337
Marcel Schwob: <i>El mayor Stede Bonnet, pirata por temperamento</i> (1894)	357
Fridtjof Nansen: <i>Un mar de hielo</i> (fragmento de <i>El Fram más allá del Ártico</i> ) (1897)	365
Stephen Crane: <i>El bote salvavidas</i> (1897)	371
Rainer Maria Rilke: <i>La voz</i> (1898)	403
Winston Churchill: <i>Hombre al agua</i> (1899)	409
Pío Baroja: <i>Grito en el mar</i> (1900)	415
Joshua Slocum: <i>En el reino de Samoa</i> (fragmento de <i>La vuelta al mundo en solitario</i> ) (1900)	421
Emilio Salgari: <i>Los tigres del mar</i> (1900)	429
Emilia Pardo Bazán: <i>El vino del mar</i> (1900)	445
William H. Hodgson: <i>El último viaje del Shamraken</i> (1908)	451
Jack London: <i>Un deporte de reyes</i> (fragmento de <i>La travesía del Snark</i> ) (1911)	465
Richard Middleton: <i>El buque fantasma</i> (1912)	477
Maksim Gorki: <i>Vuelven</i> (1913)	491
Saki: <i>El barco del tesoro</i> (1914)	497
Joseph Conrad: <i>La historia</i> (1917)	503
Franz Kafka: <i>El cazador Graco</i> (1917)	523
Liam O'Flaherty: <i>El congrio</i> (1925)	533
Francis Scott Fitzgerald: <i>Una mala travesía</i> (1929)	539
Ernest Hemingway: <i>Después de la tormenta</i> (1932)	563
Roald Dahl: <i>Apuestas</i> (1952)	571

## Presentación

---

La presente antología, ordenada cronológicamente a partir de la fecha de publicación, incluye una variada selección de relatos que giran en torno al mar, esa gran fuente de inspiración literaria, y que pretende reflejar toda su belleza, misterio y crueldad, así como la fascinación que ha ejercido siempre sobre el ser humano.

No hemos tenido intención de hacer una antología «histórica» remontándonos a los orígenes de la literatura: empezar con la epopeya de Gilgamesh, el paso del mar Rojo, el regreso de Ulises a Ítaca o las aventuras de Jasón y los argonautas en busca del vello cino de oro nos habría obligado a trazar un itinerario demasiado exhaustivo y arduo de medir en número de páginas. Si iniciamos nuestro viaje con Cristóbal Colón, aunque en fecha de publicación le preceda el fragmento de Antonio de Pigafetta, es porque el descubrimiento de América (1492) se considera uno de los acontecimientos históricos que, junto con la toma de Constantinopla (1453), señalan el inicio de la Edad Moderna. De un modo u otro, el mar se hace Historia, y luego literatura, en cuanto se convierte en canal para expediciones y conquistas, y a esta visión tantas veces turbia que ha definido característicamente el mundo «conectado» y sin *non plus ultra* en el que vivimos está dedicada buena parte de nuestra antología.

En nuestra selección hay relatos y fragmentos de novelas y de otras obras más extensas, pero hemos querido que los relatos fueran mayoría.

Se reúnen aquí textos de ficción y de no ficción. Entre estos últimos, el lector encontrará memorias de carácter personal, como las del esclavo Olaudah Equiano, el capitán negrero Hugh Crow, los misioneros Daniel Tyerman y George Bennet, el capitán Joshua Slocum —primer navegante que dio la vuelta al mundo en solitario— y el escritor Iván S. Turguénev; pero también testimonios de navegantes y exploradores como Cristóbal Colón, Antonio de Pigafetta y Fridtjof Nansen, cargados de valor histórico.

Dentro de la ficción encontraremos algunos nombres clave de la narrativa occidental y, entre ellos, autores que fueron marinos o tuvieron una experiencia directa del mar, por lo que su obra puede considerarse fehacientemente docu-

mentada: James Fenimore Cooper, Herman Melville, Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad y Jack London serían un buen ejemplo.

En el capítulo de la ficción, inevitablemente, predominará el elemento épico: tormentas, naufragios, piratas, motines, batallas... El mar, en definitiva, romántico, una tradición que se ha mantenido hasta nuestros días, no pocas veces con un sesgo imperialista. No hemos olvidado sus derivaciones a lo fantástico y sobrenatural (los buques fantasma de Wilhelm Hauff y de Richard Middleton o la «kafkización» de la leyenda del holandés errante), a lo terrorífico (el gigantesco remolino de Edgar Allan Poe, los monstruos marinos de Rudyard Kipling y el cielo en llamas de William Hope Hodgson) e incluso a lo milagroso (los tres eremitas de Lev N. Tolstói)... pues ¿acaso los milagros y el mar no tienen una larga tradición?

Tampoco podían faltar autores representativos del género de aventuras más popular, como es el caso de Jules Verne y de Emilio Salgari, incorporados al imaginario colectivo; ni dejar a un lado el elemento *gore*, presente tanto en los textos documentales (Alexandre O. Exquemelin, cirujano-barbero de los piratas del Caribe) como en los creativos (Bram Stoker y sus piratas malayos).

Toda esta dimensión épica puede tratarse también de un modo realista, no solo en las memorias o episodios autobiográficos, como hacen Richard Henry Dana hijo, en sus dos años como simple marinero, o Stephen Crane, en sus veinticuatro horas a la deriva en un bote salvavidas; sino también en los cuentos: los pescadores y los soldados heridos que pueblan los relatos aquí elegidos de Guy de Maupassant, Antón P. Chéjov, Emilia Pardo Bazán y Maksim Gorki servirán para ilustrarlo. Pero, con el tiempo, irán apareciendo tratamientos humorísticos e irónicos que desmitificarán el escenario de tanta lucha del hombre contra los elementos; los relatos de Saki y Roald Dahl serían el ejemplo culminante, pero también el pirata vocacional de Marcel Schwob, el vodevil criminal de Henry James y la comedia burguesa de Francis Scott Fitzgerald. Esta última enlazaría con los relatos de simples pasajeros, con un mar ya «domesticado», que empiezan brillantemente con Daniel Defoe y siguen con Anthony Trollope y Winston Churchill, aunque éste dé a su historia un giro inesperado.

Daniel Defoe convierte el mar en escenario de una fábula moral muy poco edificante, que, casi dos siglos antes, ya apuntaba Fray Antonio de Guevara en *De muchos trabajos que se pasan en las galeras* (1539): «En una peligrosa tormenta se ponen los marineros a rezar, se ocupan en suspirar, se toman a llorar, la cual pasa-

da, se asientan muy despacio a comer, hablar, a jugar, a pescar y aun a blasfemar, contando unos a otros el peligro en que se vieron y las promesas que hicieron».

Fue, sin embargo, el romanticismo, ya entrado el siglo XIX, el que trajo la visión exaltada e idealista del mar. No habían faltado, en siglos anteriores, testimonio y advertencias sobre esta «pasión» por entonces inimaginable como tal. La vida de aventuras y libertad con que soñaban muchos de los que embarcaban contrastaba con la áspera realidad: el trabajo era duro, los riesgos grandes, los salarios bajos y el espacio vital agobiante. Demasiado esfuerzo para un final que rara vez era feliz. Fray Tomás de la Torre, que acompañó en sus viajes a fray Bartolomé de las Casas a mediados del siglo XVI, ya había dejado escrito: «El navío es una cárcel muy estrecha y muy fuerte de donde nadie puede huir aunque no lleve grillos ni cadenas y tan cruel que no hace diferencia entre los presos e igualmente trata y estrecha a todos»; y Eugenio de Salazar, un burlón pasajero de la época, decía en una de sus cartas, con tanta gracia como exageración: «También hay [...] piojos y tan grandes, que algunos se almadían y vomitan pedazos de carne de grumetes... Tiene el navío grandísima copia de volatería de cucarachas, que aquí llaman curianas, y grande abundancia de montería de ratones, que muchos de ellos se aculan y resisten a los monteros como jabalíes». El mismísimo Miguel de Cervantes, que sabía de lo que hablaba, se refirió en *El licenciado Vidriera* (1613) a «la extraña vida de aquellas marítimas casas adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». Nuestros antepasados llegaron a decir, jugando con la dicción, que «mar» venía de «amargura», y apostillaron la cuestión afirmando, como el ya citado fray Antonio de Guevara, que la mar era «muy deleitosa de mirar y muy peligrosa de pasear». Por no hablar del mareo, del que sabía mucho Charles Darwin, que pasó cinco años en ese estado a bordo del *Beagle*, y sobre el que Charlotte Brontë escribió, en *Villete* (1853), este fragmento de jocoso final:

Al caer la noche el mar se encrespó: olas cada vez más grandes azotaban con fuerza el costado del barco. Era extraño pensar que solo nos rodeaban el agua y la oscuridad, y sentir que la nave avanzaba sin perder el rumbo, a pesar del ruido, el oleaje y el creciente temporal. Algunas piezas del mobiliario empezaron a caerse y fue necesario trincarlas para que no se movieran; los pasajeros estaban cada vez más mareados; la señorita Fanshawe declaró entre gemidos que se moría.

—Todavía no, querida —dijo la camarera—. Acabamos de llegar a puerto.

Volviendo a nuestra antología, tampoco falta en ella el mar como espacio para la reflexión pausada, que se inicia en estas páginas con Washington Irving a principios del siglo XIX. Con Nathaniel Hawthorne, el lirismo capaz de desprenderse de un simple paseo por la playa parece difícil de superar, aunque Robert Louis Stevenson y su océano de niebla le disputen ese honor. Y seguirán su estela autores como Herman Melville —que nos hará sentir la poderosa «llamada del mar» con ese viejo marinero para el que las inmensas praderas semejan el océano—, Rainer Maria Rilke, Pío Baroja, Maksim Gorki... Y, pensándolo bien, ¿no es «El colgrijo», de Liam O' Flaherty, el colmo de lo lírico?

Hemos querido, por otra parte, huir de lo obvio y no incluir fragmentos de los grandes clásicos de la literatura del mar, como *Robinson Crusoe*, *Moby Dick*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *La isla del tesoro*, *Capitanes intrépidos*, *El lobo de mar*, *Juventud*, *El viejo y el mar*, etc. Sabemos que los lectores echarán de menos muchas cosas, entre ellas, por ejemplo, la visión del mar de las literaturas orientales, pero creemos que ninguno de los textos elegidos —especialmente por su representatividad, originalidad o atractivo— les sobrarán.

Otro de nuestros propósitos ha sido cubrir, dentro de las fronteras de la tradición occidental, distintas épocas y nacionalidades. Es cierto que predominan los autores anglosajones, pero no podemos olvidar que en sus países —todos ellos islas o lejanos continentes— la importancia del mar dio lugar a un auténtico género literario. No es extraño que una de las primeras obras de la literatura inglesa sea «The Seafarer» [El navegante], un vigoroso poema sobre el mar recogido en el *Exeter Book*, también conocido como *Codex Exoniensis*, en el siglo X. Cuatro relatos rusos, cuatro españoles, tres franceses, tres alemanes, dos italianos, uno noruego y uno holandés, flamenco o francés (no se sabe con certeza el lugar de origen de Alexandre O. Exquemelin) se suman a la gran mayoría de ingleses, irlandeses y norteamericanos. Pero, aunque falten autores de otros países, el lector recorrerá con estas páginas todos los continentes. Buena travesía.

MARTA SALÍS

**De Malua a Ocoloro**

(fragmento de *Relación del primer viaje  
alrededor del mundo*)

Antonio de Pigafetta

(1536)

Traducción: Cristina Marín Rubio

**Antonio de Pigafetta** (1480/1491?–1534) nació en Vicenza, en la República de Venecia, en el seno de una familia aristócrata. Estudió astronomía, geografía y cartografía. Perfeccionó su educación al servicio de monseñor Francesco Chiericati, alto cargo en la Roma del papa León X, al que acompañó a España en 1518. Al conocer el proyecto del navegante portugués Magallanes de abrir una ruta por el oeste hacia las Indias Orientales, decidió unirse a la expedición. Tras lograr el beneplácito real y obtener cartas de recomendación destinadas a la Casa de Contratación y al propio Magallanes, viajó a Sevilla, donde logró alistarse en la tripulación expedicionaria con el cargo de «sobresaliente», destinado por lo general a jóvenes nobles enrolados en busca de aventuras o experiencia militar. Pigafetta viajaría en la nave almirante, la Trinidad, al mando de Magallanes, capitán general de la expedición, y estaría con él en el momento de su muerte. La flota estaba compuesta por cinco carabelas y doscientos sesenta y cinco hombres, de los que solo sobrevivirían dieciocho; Pigafetta fue uno de ellos. La aventura duraría tres años, desde la partida en octubre de 1519, hasta el regreso de la única embarcación superviviente, la Victoria, capitaneada por Juan Sebastián Elcano, el 6 de septiembre de 1522. Pigafetta escribió un diario a bordo y recogió sus experiencias en la *Relazione del primo viaggio intorno al mondo*, publicada en Venecia en 1536. En el texto de Pigafetta –un documento de extraordinario valor histórico–, además de una exhaustiva información geográfica y etnográfica, aflora su atracción por lo fabuloso, como veremos en el fragmento seleccionado.

## De Malua a Ocoloro

(fragmento de *Relación del primer viaje alrededor del mundo*)

---

Nuestro viejo piloto de Maluco nos dijo que en estos lugares hállase una isla llamada Arucheto; y que los hombres y las mujeres que la habitan no miden más de un codo y que sus orejas son tan grandes como ellos: de una hacen su jergón y cúbrense con la otra; van rapados y desnudos, corren con gran ligereza y hablan con voz débil y aguda; viven en cuevas debajo de la tierra y aliméntanse de peces y de una cosa que crece entre el tronco y la corteza de un árbol, blanca y redonda como un confite de cilantro, a la que llaman *ambulon*; mas las fuertes corrientes de agua y los muchos escollos nos impidieron llegar hasta allí.

Sábado, a 25 de enero de MCCCCXXII; partimos de la isla de Malua; el domingo 26 llegamos a una isla grande, a cinco leguas de aquélla, entre mediodía y garbino. Bajé a tierra sin compañía para hablar con el principal de una villa llamada Amaban, a fin de que nos suministrara provisiones: respondiome que nos daría búfalos, puercos y cabras; mas no pudimos cerrar el trato al exigir aquél muchas mercaderías por un búfalo. Como andábamos escasos de ellas, y acuciados por el hambre, retuvimos en el navío a un principal de otra villa, llamada Balibo, y a su hijo; y por miedo a que los matáramos, nos proporcionó sin demora seis búfalos, cinco cabras y dos puercos; y para cumplir el número de diez puercos y diez cabras, diéronnos un búfalo, pues así lo habíamos acordado. Después los mandamos a tierra contentísimos y cargados de paño, telas indias de seda y de algodón, hachuelas, dagas indianas, tijeras, espejos y cuchillos.

El principal al que primero hablé era servido solo por mujeres. Andan desnudas todas ellas como en las otras islas; y en las orejas llevan aretes pequeños de oro, de los cuales penden hebras de seda; y llevan en los brazos tantas pulseras de oro y de latón que les alcanzan hasta el codo. Los hombres van como las mujeres, si no es que llevan

colgados al cuello unas cosas de oro, redondas como una tajadera, y pequeñas peinetas de caña adornadas con aretes de oro prendidas en los cabellos; y algunos llevan rabillos secos de calabaza como pendientes.

Hállase en esta isla el sándalo blanco, y en ninguna otra parte puede encontrarse; hay jengibre, búfalos, puercos, cabras, gallinas, arroz, higos, caña dulce, naranjas, limones, cera, almendras, alubias y otras cosas y papagayos de diversos colores. En la otra parte de la isla habitan cuatro hermanos, que son los reyes. En el lugar que nos hallábamos había villas, y algunas de las principales. Los nombres de los cuatro territorios de los reyes son: Oibich, Lichsana, Suai y Cabanaza. Oibich es el mayor; dijéronnos que en un monte de Cabanaza había mucho oro; y todos adquieren de lo que han menester con trozos pequeños de ese metal. En esta parte de la isla contratan todo el sándalo y la cera los de Java y de Malaca. Hallamos aquí un junco de Luson, venido a acordar la compra de sándalo.

Estos pueblos son gentiles; tal cual nos contaron, cuando van a cortar el sándalo aparéceseles el demonio en diversas formas y preguntales de qué cosas han menester, y les dice que se las pidan; por esta aparición caen enfermos unos cuantos días.

El sándalo ha de cortarse en cierta fase de la luna, pues de otra suerte no resultaría bueno. La mercadería necesaria para contratar el sándalo es: paño rojo, telas, hachetas, hierro y clavos. Esta isla está muy poblada y es muy larga de levante a poniente, y estrecha de mediodía a tramontana. Hállase a diez grados de latitud del Antártico y a ciento sesenta y cuatro grados y medio de la línea de demarcación, y se dice Timor. En todas las islas que hemos hallado en este archipiélago reina el mal de San Job y más aquí que en otros lugares, y lo llaman *for franchi*, es decir, «mal portugués».

Nos dijeron que a una jornada de aquí, entre poniente y maestral, hállase una isla donde la canela abunda; y se dice Ende. Sus moradores son gentiles y no tienen rey; y en el mismo camino hay muchas islas, una detrás de otra, hasta la Java Mayor y el cabo de Malaca; tienen por nombre: Tanabutun, Crenochile, Bimacore, Arauaran, Main,

Zumbava, Lamboch, Chorum y Java Mayor. Estos pueblos no la llaman Java, sino Jiaoa. Las mayores villas de Java son: Magepahor (su rey, cuando vivía, era el gobernador de todas estas islas y llamábase rajá Pathiunus), Sunda (en ésta la pimienta crece en muy grande abundancia); Daha, Dama, Gaghiamada, Minutarangan, Cipara, Sidain, Tuban, Cressi, Cirubaia e Balli. Y la Java Menor es la isla de Madura, que está a media legua de la Java Mayor.

Y como nos dijeron, cuando un principal de la Java Mayor muere, queman su cuerpo; su esposa favorita se adorna con guirnaldas de flores y hácese portar por tres o cuatro hombres sobre unas angarillas por todo el pueblo; y riendo y consolando a sus parientes, que lloran, les dice: no lloréis, porque voyme a cenar con mi marido y a dormir con él esta noche. Lléganla luego al fuego donde arde su esposo; y volviéndose ella hacia sus parientes los consuela otra vez y se arroja a la hoguera. Si no lo hiciere no sería mujer de bien, ni verdadera esposa del marido muerto.

Y dijéronnos también que cuando los jóvenes de Java se enamoran de alguna dama, se atan con hilo unos cascabelillos entre el miembro y el prepucio, y vanse a las ventanas de sus enamoradas, y fingiendo orinar y sacudiendo el miembro hacen sonar aquellos cascabelillos hasta que sus enamoradas los oyen. Enseguida ellas bajan y hacen su voluntad, siempre con aquellos pequeños cascabelillos, pues es para ellas un gran divertimento sentirse sonar dentro de sí. Estos cascabelillos están recubiertos y cuanto más se cubren más suenan.

Nuestro piloto más viejo nos cuenta que hay una isla llamada Ocoloro, bajo la Java Mayor, solo habitada por mujeres: y que a éstas la fecunda el viento; luego que dan a luz, si el que naciere es varón, lo matan y, si es hembra, la crían, y si vienen hombres a su isla los matan siempre que pueden.



**Diario de Colón:**  
**25 de diciembre de 1492, día de Navidad**  
(fragmento de *Historia del Almirante*)  
Hernando Colón  
(1571)

**Hernando Colón** (1488-1539) hijo natural de Cristóbal Colón, se educó en la corte como paje del príncipe don Juan, segundo hijo de los Reyes Católicos. Se convirtió en un afamado cosmógrafo, y su biblioteca privada fue una de las más importantes del Renacimiento; la Biblioteca Colombina llegaría a tener veinte mil volúmenes, de los que solo una pequeña parte ha llegado hasta nosotros. En su *Historia del Almirante* –un alegato a favor de su padre, así como una de las fuentes más valiosas para conocer el descubrimiento de América, los primeros asentamientos europeos y las costumbres de los indígenas– narró la vida y los cuatro viajes de Cristóbal Colón, al que había acompañado en el último. La obra, escrita entre 1536 y 1539, no se publicaría hasta 1571 en italiano. El fragmento elegido en esta antología –y que Cristóbal Colón narra en primera persona, pues Hernando lo copia de su *Diario*– corresponde al primer viaje, que partió de Palos el 3 de agosto de 1492 y regresó a ese mismo puerto el 15 de marzo de 1493. La transcripción del *Diario de Colón* que hizo fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, escrita entre 1552 y 1561, cuenta la pérdida de la nao Santa María de un modo muy parecido, aunque en tercera persona.

El 25 de diciembre de 1492, los planes de Colón se vieron profundamente alterados cuando una distracción del piloto de la Santa María hizo que la nao encallara y quedara inservible en lo que hoy se llama la bahía del Caracol, en Haití. Como en La Niña, capitaneada por Vicente Yáñez Pinzón, no había espacio para los tripulantes de la nao, Colón tomó la importante decisión de fundar la primera colonia en tierras del Nuevo Mundo, el «Fuerte de Navidad», donde quedaron treinta y nueve hombres al mando de Diego de Arana. Un mes antes, las desavenencias entre Colón y Martín Alonso Pinzón, al mando de La Pinta, habían llegado a su punto culminante, y los barcos se habían separado.

# Diario de Colón: 25 de diciembre de 1492, día de Navidad

(fragmento de *Historia del Almirante*)

---

CÓMO EL ALMIRANTE PERDIÓ SU NAVE EN UNOS BAJOS, POR NEGLIGENCIA DE LOS MARINEROS, Y EL AUXILIO QUE LE DIO EL REY DE AQUELLA ISLA

Continuando el Almirante lo que sucedió, dice que el lunes 24 de diciembre hubo mucha calma, sin el menor viento, excepto un poco que le llevó desde el Mar de Santo Tomás a la Punta Santa, junto a la cual estuvo cerca de una legua, hasta que, pasado el primer cuarto, que sería una hora antes de media noche, se fue a descansar, porque hacía ya dos días y una noche que no había dormido; y, por haber calma, el marinero que tenía el timón, lo entregó a un grumete del navío; «lo cual –dice el Almirante en su *Diario*– yo había prohibido en todo el viaje, mandándoles que, con viento o sin viento, no confiasen nunca el timón a mozos. A decir la verdad, yo me creía seguro de bajos y de escollos, porque el domingo que yo envié las barcas al rey, habían pasado al Este de la Punta Santa, unas tres leguas y media, y los marineros habían visto toda la costa, y las peñas que hay desde la Punta Santa al Este Sudoeste, por tres leguas, y habían también visto por dónde se podía pasar. Lo cual en todo el viaje yo no hice; y quiso Nuestro Señor que, a media noche, hallándome echado en el lecho, estando en calma muerta, y el mar tranquilo como el agua de una escudilla, todos fueron a descansar, dejando el timón al arbitrio de un mozo. De donde vino que, corriendo las aguas, llevaron la nave muy despacio encima de una de dichas peñas, las cuales, aunque era de noche sonaban de tal manera que a distancia de una legua larga se podían ver y sentir. Entonces, el mozo que sintió arañar el timón, y oyó el ruido comenzó a gritar alto; y oyéndole yo, me levanté de pronto, porque antes que nadie sentí que habíamos encallado en aquel paraje. Muy luego, el patrón de la nave a quien tocaba la guardia salió, y le dije a él y a los otros marineros, que, entrando en el batel que llevaban fuera de la nave, y tomada un áncora, la echasen por la popa. Por esto, él con otros muchos, entraron en el batel, y pensando yo que harían

lo que les había dicho, bogaron adelante, huyendo con el batel a la carabela, que estaba a distancia de media legua. Viendo yo que huían con el batel, que bajaban las aguas y que la nave estaba en peligro, hice cortar pronto el mástil, y aligerarla lo más que se pudo, para ver si podíamos sacarla fuera. Pero bajando más las aguas, la carabela no pudo moverse, por lo que se ladeó algún tanto y se abrieron nuevas grietas y se llenó toda por debajo de agua. En tanto llegó la barca de la carabela para darme socorro, porque viendo los marineros de aquélla que huía el batel, no quisieron recogerlo, por cuyo motivo fue obligado a volver a la nave.

No viendo yo remedio alguno para poder salvar ésta, me fui a la carabela, para salvar la gente. Como venía el viento de tierra, había pasado ya gran parte de la noche y no sabíamos por donde salir de aquellas peñas, temporicé con la carabela hasta que fue de día, y muy luego fui a la nao por dentro de la restinga, habiendo antes mandado el batel a tierra con Diego de Arana\*, de Córdoba, alguacil mayor de justicia de la armada, y Pedro Gutiérrez, repostero de estrados de Vuestras Altezas, para que hiciesen saber al rey lo que pasaba, diciéndole que por ir a visitarle a su puerto, como el sábado anterior me rogó, había perdido la nave frente a su pueblo, a legua y media, en una restinga que allí había. Sabido esto el rey, mostró con lágrimas grandísimo dolor de nuestro daño, y luego mandó a la nave toda la gente del pueblo, con muchas y grandes canoas. Y con esto, ellos y nosotros comenzamos a descargar y, en breve tiempo, descargamos toda la cubierta. Tan grande fue el auxilio que con ello dio este rey. Después, él en persona, con sus hermanos y parientes, ponía toda la diligencia, así en la nave como en la tierra, para que todo fuese bien dispuesto; y de cuando en cuando mandaba a alguno de sus parientes, llorando, a rogarme que no sintiese pena, que él me daría cuanto tenía. Certifico a Vuestras Altezas que, en ninguna parte de Castilla, tan buen recaudo en todas las cosas se pudiera poner, sin faltar una agujeta, porque todas nuestras cosas las hizo poner juntas cerca de su palacio, donde las tuvo hasta que desocuparon las casas que él daba para conservarlas. Puso cerca, para custodiarlas, hombres armados, a los cuales hizo estar toda la noche, y él con todos los de la tie-

---

\* Primo de Beatriz Enríquez de Arana, madre de Hernando Colón. *[Esta nota, a menos que se indique lo contrario, es de los traductores.]*

rra lloraba como si nuestro daño les importase mucho. Tanto son gente de amor y sin codicia, y convenientes para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas, que en el mundo creo que no hay mejor gente, ni mejor tierra; ellos aman a sus próximos como a sí mismos, y tienen una habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con risa; ellos andan desnudos, hombres y mujeres, como sus madres las parió; mas crean Vuestras Altezas que entre sí tienen costumbres muy buenas, y el rey muy maravilloso estado, de una cierta manera tan continente, que es placer de verlo todo; y la memoria que tienen, y todo lo que quieren ver, y preguntan qué es y para qué».